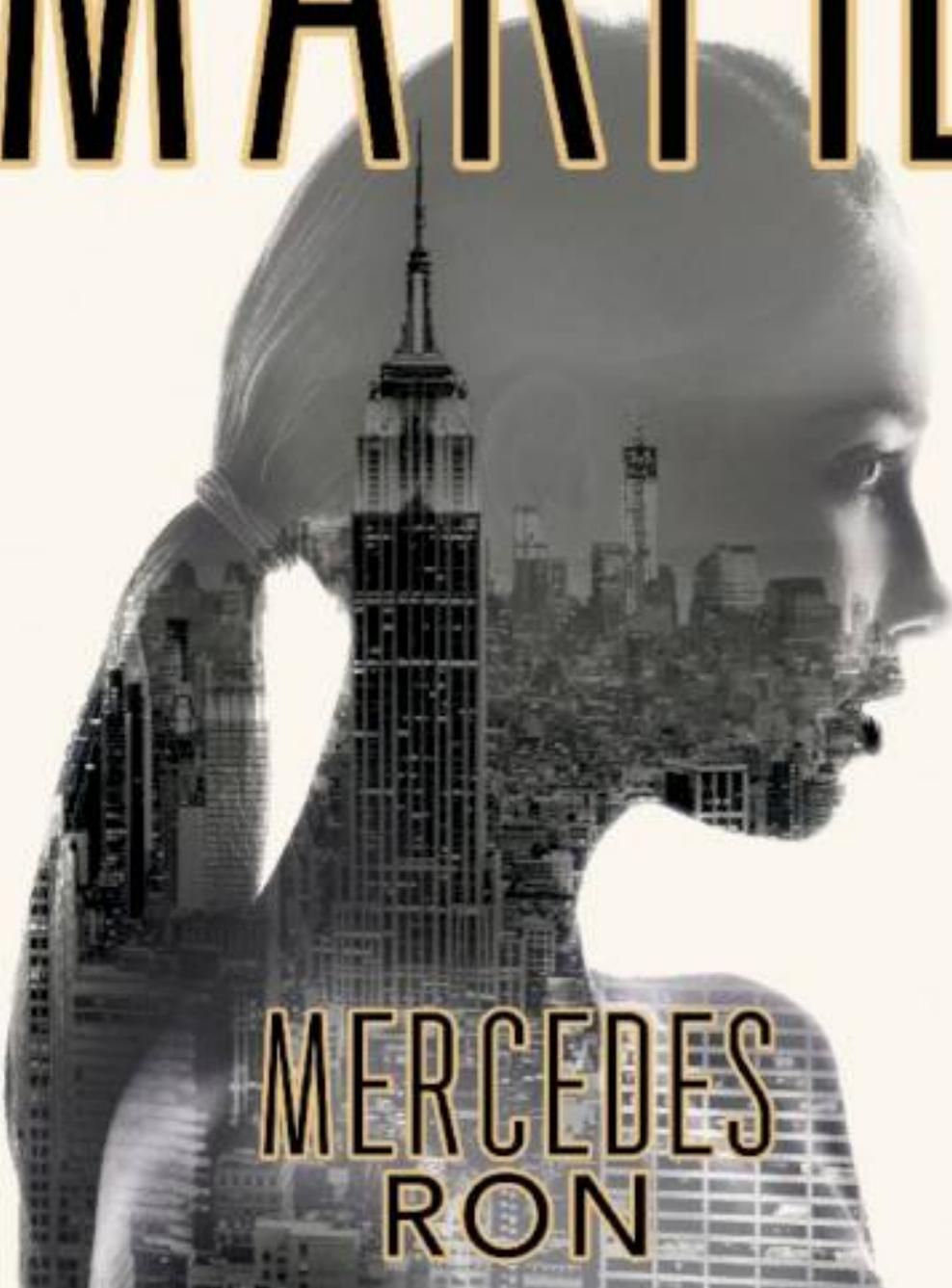


# MARFIL

A woman's profile silhouette is shown in profile, facing right. The interior of the silhouette is filled with a grayscale cityscape, with the Empire State Building being the most prominent structure. The background is a plain, light color.

ENFRENTADOS

MERCEDES  
RON

Marfil tiene 20 años y vive en Nueva York, pero no todo es tan idílico como parece: hace unos días fue secuestrada mientras paseaba por Central Park. Su padre tiene muy claro que la razón del secuestro ha sido para mandarle un mensaje: podemos llegar a ella.

A pesar de ser liberada, todo ha cambiado para Marfil: su vida no es la misma, y ella tampoco. Sobre todo porque ahora nunca está sola: siempre la acompaña Sebastian Moore, su guardaespaldas.

Sebastian demostrará ser el encargado perfecto para protegerla, sobre todo cuando comienzan a llegar las amenazas de muerte, aunque nunca hubiese pensado que la tarea más complicada no sería esa, sino mantener a Marfil Cortés alejada de él.

¿Está Marfil preparada para descubrir la verdad de su pasado? ¿Lo pondrá todo en riesgo la atracción que ha surgido entre ambos?

## Índice de contenido

Cubierta

Marfil

Dedicatoria

Prólogo

1. Marfil

2. Marfil

3. Marfil

4. Sebastian

5. Marfil

6. Sebastian

7. Marfil

8. Sebastian

9. Marfil

10. Sebastian

11. Marfil

12. Marfil

13. Sebastian

14. Marfil

15. Marfil

16. Marfil

17. Marfil

18. Marfil

19. Sebastian

20. Marfil

21. Marfil

22. Marfil

23. Marfil

24. Marfil

25. Sebastian

26. Marfil

27. Marfil

28. Marfil

29. Sebastian

30. Marfil

31. Sebastian

32. Marfil

33. Sebastian

34. Marfil

35. Marfil

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mi padre, gracias por enseñarme  
que ni siquiera el cielo es el límite.*

## Prólogo

Si alguien me hubiera preguntado qué demonios estaba haciendo allí, podría haber dado ochenta mil respuestas diferentes y ninguna habría sido la correcta. Ni la verdadera, puestos a ser exactos.

Mi trabajo exigía tanto de mí que a veces me preguntaba por qué seguía haciéndolo, por qué no lo dejaba y, entonces, al pensar lo que supondría tirar por la borda todo el esfuerzo, toda la dedicación, simplemente callaba a mi conciencia y seguía con lo mío.

Los hombres que había allí me habrían matado sin dudar si hubiesen podido oír mis pensamientos, pero desde hacía años mi mente era mi único refugio seguro, e incluso de vez en cuando debía controlar mis pensamientos para que nadie leyese en mis ojos las dudas que a veces me embargaban.

Cuando se hacía lo que yo hacía... dudar podía significar la muerte.

Desde la distancia me aseguré de que mi puntería fuera precisa. Nadie me cubría, estaba solo... aunque a mi alrededor fuésemos más de quince hombres.

En cuanto empezaron los disparos supe que todo se iría a la mierda. Pero uno..., un disparo en concreto lo cambia-

ría absolutamente todo.

## 1

## MARFIL

*Dos semanas después*

Miré la moneda de doscientos pesos colombianos que tenía entre los dedos. Mientras esperaba a que Liam llegase solo pude pensar en una cosa: esas dos caras formaban un todo y nunca llegarían a verse de frente. Parece una tontería, una moneda es una moneda, pero en aquel instante no pude evitar sentirme identificada con ella. ¿Tenía yo dos caras completamente opuestas que nunca llegarían a fundirse en una sola? A veces era complicado entenderme a mí misma. Si me viese desde fuera, en la mayoría de las situaciones de mi vida, estoy segura de que lo único que se me pasaría por la cabeza sería: ¿pero qué demonios haces?

Mi hermana Gabriella muchas veces afirmaba que haber pasado toda nuestra infancia y adolescencia metidas en un internado a siete mil kilómetros de distancia de nuestro hogar nos iba a dejar secuelas. Yo por suerte ya había dejado aquella etapa atrás, a ella por el contrario aún le quedaban dos años intensos de normas estrictas y días nublados. Le faltaban apenas unos meses para cumplir los dieciséis y sus únicas preocupaciones eran que nunca había besado a un chico y que si seguía rodeada de mujeres iba a terminar

convirtiéndose en lesbiana. Solo pensar en la cara de mi padre al sopesar siquiera esa opción me sacaba una sonrisa.

Secuelas..., podría estar hablando de ellas durante horas. La más importante aún conseguía despertarme por las noches con el corazón encogido y las lágrimas cayendo por mis mejillas como si tuviese cuatro años, no veinte. Era increíble cómo algunos recuerdos podían quedar grabados para siempre en tu memoria y luego otros podían desaparecer sin dejar ni rastro. Según Pixar —sí, los estudios de animación que hicieron la película *Del revés (Inside Out)*—, nuestro cerebro elimina aquellos recuerdos que no sirven para nada y retiene aquellos que considera más importantes. Y ahí es cuando yo me pregunto: ¿servía de algo recordar cómo mataron a mi madre delante de mí?

Está claro que, diga lo que diga Pixar, el cerebro hace lo que le da la gana.

Mientras divagaba sin sentido, fui consciente de que el grupo de tíos que había en la barra a mi derecha no me quitaba los ojos de encima. No lo dudé, levanté la cabeza y los miré sin apartar la vista. Mi intención había sido intimidarlos, o al menos que fueran menos descarados, pero dos de ellos se echaron a reír y el tercero, alto y de pelo castaño, me mantuvo la mirada sin titubear.

Odiaba ser la primera en apartar la mirada, me daba igual con quien fuese. Solo una persona en todo el planeta conseguía intimidarme lo suficiente como para hacerme agachar la cabeza y que dejara incluso de pestañear si hacía falta; y esa persona se encontraba demasiado lejos de donde yo estaba como para tener que recordarla siquiera.

Empezó entonces la batalla de miradas más épica de la historia. Bueno, tampoco fue para tanto, me gusta dramatizar, pero sí que fue de las intensas. Cuanto más lo miraba, más curiosidad sentía, y cuanto más me miraba él, más segura estaba de lo que empezaba a pasársele por la cabeza.

¿Podría hacer con él lo mismo que con el resto? Sería divertido...

—Eh, Mar —dijo una voz grave detrás de mí, aunque fue el tacto de su mano en mi espalda lo que me hizo pegar un salto y desviar la mirada.

¡Mierda! Acababa de perder.

Me giré para recibir a mi mejor amigo, y la frustración se evaporó nada más fijar mis ojos en los suyos. Liam Michaelson medía casi uno noventa, tenía el pelo negro como la noche, ojos celestes... Todo un donjuán. Y no, no era gay. Y sí, era mi mejor amigo. Cosas más raras se han visto.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó mirando por encima de mi cabeza a los tíos del final de la barra.

—Lo justo como para que te toque invitarme a una copa.

Técnicamente yo aún no podía beber alcohol y menos comprarlo, pero lo de los carnets falsos estaba ya tan normalizado que me parecía patético que esa ley aún siguiera vigente.

Liam me sonrió con dulzura y llamó a la camarera para que nos sirviera una copa.

—¿Y a qué se debe que me hayas tenido media hora aquí esperándote? —dije haciendo girar las aceitunas de mi martini.

Liam se llevó su cerveza a los labios y puso los ojos en blanco.

—No quieras saberlo.

—¿Virginia? O no, espera... ¿Rose?

—Tessi —dijo sin que yo pudiera evitar echarme a reír.

—¿Tessi? ¿La llamas así por alguna razón que desconozco o...?

—Ella quiere que la llame así. Qué mujer tan insoportable, joder.

Liam era un tío que, bueno... era un tío. Fin. Los tíos por regla general solo quieren pasar un buen rato y, también por norma general, las mujeres queremos eso y mu-

chas cosas más, aunque yo no me incluya... Pero entendía que Virginia, Rose y... Tessi quisiesen algo más con mi mejor amigo. Era un partidazo... si le quitabas esa afición de tirarse a todo lo que se movía, claro.

Liam y yo nos conocimos durante mi primer año en la facultad. Por aquel entonces era una novata de la cabeza a los pies y no solo en lo que a la universidad se refiere, sino a la vida en general. Venía de haberme pasado ocho años estudiando fuera, rodeada de chicas y de monjas; solo me pasaba dos meses de verano en mi casa de Luisiana. Los dos estudiábamos economía en la Universidad de Columbia, aquí, en Nueva York. Él tenía tres años más que yo, lo que significaba que ya estaba cursando su último año.

Tuve que luchar contra mi padre para que me dejase mudarme a Nueva York por mi cuenta y, aunque aún me costaba creerlo, ya llevaba dos años viviendo sola. Puede decirse que me desmadré un poquito cuando me encontré con tanta libertad; tantos años reprimida no habían sido nada saludables y perdí un poco la cabeza, aunque me gustaba pensar que esa época había quedado atrás... más o menos.

Liam fue el primer chico que besé. Tenía dieciocho años recién cumplidos y con él descubrí de lo que era capaz cuando se trataba de conquistar a un hombre. Mi padre siempre me tuvo bastante escondida y me trataba como si fuese su pequeño tesoro al que nadie podía acceder, aunque Liam accedió... y en profundidad.

No llegamos a acostarnos, pero sí hicimos algunas cosas hasta que nos dimos cuenta de que en realidad encajábamos mejor como amigos. Por muy buena que yo estuviese para él, y por muy bueno que él estuviese para mí y para el mundo entero.

Después de Liam intenté llevar una relación más en serio con un chico llamado Regan, hasta que me enteré de que entre él y sus amigos se habían apostado diez mil dólares para ver quién era el primero en llevarme a la cama. Sí,

sí, diez mil dólares. Patético. A partir de ese momento me convertí en una Marfil que nadie conocía hasta entonces, ni yo misma. Que lo que mi padre había estado repitiéndome sobre los chicos desde que tenía uso de razón hubiese terminado siendo verdad me cabreó mucho más de lo que os podéis imaginar. Tomé cartas en el asunto y desde entonces se hacía lo que yo decía: no había lugar para medias tintas.

—El tío de la barra viene hacia aquí —dijo Liam, media hora y tres martinis después—. ¿Me hago pasar por tu novio?

Me reí mientras me terminaba la bebida.

—Sería divertido, pero no —dije esperando a ver qué hacía.

Sentí a alguien a mi espalda, pero me hice un poco de rogar. Liam, en cambio, se giró para mirarlo.

—¿Quieres algo, amigo?

—En realidad venía para decirle una cosa rápida a tu amiga.

Me giré hacia él con una sonrisa divertida. Era bastante guapo, más aún de lo que esperaba ahora que lo tenía tan cerca.

Él pestañeó un par de veces cuando nos miramos cara a cara.

—Joder... eres incluso más hermosa de cerca.

Supe que Liam estaba poniendo los ojos en blanco otra vez sin ni siquiera tener que darme la vuelta para comprobarlo.

—¿Querías algo? —dije con tranquilidad. Los piropos no significaban nada para mí.

El chico titubeó un par de veces, pero se sacó una tarjeta del bolsillo de su camisa y me la tendió.

—Me encantaría invitarte a cenar —dijo ya un poco más calmado y firme ante su propuesta.

Miré la tarjeta.

## HARRY WILSON – ARQUITECTO

Seguramente no tenía ni idea de que tenía veinte años. Eso me pasaba por ir de copas en Wall Street.

—Lo pensaré —respondí.

Harry me sonrió y vi que tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda. Le devolví la sonrisa y se despidió con un gesto de la mano. Ni siquiera me había preguntado mi nombre...

Me guardé la tarjeta en el bolso y me volví hacia mi amigo, que me miraba entre divertido y molesto.

—A veces me horroriza que te parezcas tanto a mí.

Negué con la cabeza, divertida.

—Sabes perfectamente que no nos acercamos ni queriendo.

Liam negó con la cabeza nuevamente.

—El hombre que termine follándote será un tío afortunado.

Lo miré censurándolo con la mirada.

—Calla o descubrirás mi tapadera.

—Eres como una mantis religiosa. Lo sabes, ¿no?

—Yo no me como a nadie, simplemente cojo lo que quiero y se acabó.

—¿Y no te importa que vayan diciendo por ahí que te han follado sin descanso?

Sí, me molestaba.

—Si tienen que mentir para sentirse más hombres, pues que mientan. Si alguien quiere saber la verdad, que venga y me pregunte.

Liam soltó una carcajada.

—A veces creo que no tienes ni puta idea de dónde te estás metiendo. Llegará alguien que te vuelva loca y, cuando eso pase, te tragarás todas esas ideas feministas que tanto te gustan.

—No tiene nada que ver con el feminismo. Los hombres han usado a las mujeres desde el principio de los tiempos; cogen de ellas lo que quieren y se marchan. ¿Qué tiene de

malo que yo haga lo mismo? No quiero que disfruten con mi cuerpo, solo quiero disfrutar yo.

Liam me miró como si fuese una ingenua.

—Cualquier hombre de la tierra disfrutaría solo con mirarte, Marfil. Aunque solo les dejes que te toquen, para ellos es como si hubiesen ganado la lotería, créeme.

Me quedé callada unos instantes.

—Con la única persona que estaría dispuesta a hacerlo sería contigo, pero porque somos amigos.

Liam se atragantó con la cerveza.

—Cuando sueltas cosas como esa es cuando me doy cuenta de que todavía sigues siendo una cría. Anda, vamos, te llevo a casa.

No mentía cuando decía que al único hombre al que estaría dispuesta a ofrecerle mi cuerpo era Liam. De todo el planeta, como él decía, era el único en quien confiaba lo suficiente. Me lo había planteado muchas veces, porque, aunque en lo relativo a todo lo que viene antes del sexo me manejaba bastante bien, temía llegar hasta el final. Mi padre me había inculcado desde que tenía uso de razón que la virtud de una mujer lo era todo; las monjas en el internado no se habían reprimido en detallar lo que nos pasaría si cedíamos a la lujuria... La virginidad parecía algo que volvía loca a la gente de mi entorno y, aunque en el fondo de mi alma quería revelarme y, a mi manera, lo hacía, era incapaz de dar ese paso todavía.

Liam me llevó a mi piso en su Audi color gris. Se lo había comprado hacía poco y los asientos aún olían a coche nuevo. Al contrario que la mayoría de los estudiantes, yo no vivía en el campus de la facultad. Mi padre me permitió mudarme a Nueva York e ir a la universidad siempre y cuando fuese él quien me procurara un lugar donde vivir.

Mi apartamento, que no compartía con nadie, estaba situado en una de las zonas más caras de la ciudad, a quince